

Dos microcuentos

María de Miguel*

La enredadera

Al apoyar sobre mi corazoncillo el verde musgo del diccionario de botánica, germina enraizado entre hierbabuena un pensamiento lila que, oliendo a orégano, suena a campanillas. Mi savia Violeta: nomeolvides, botón de oro, pistilo malva, mi siempreviva. Madre de mi selva. Nomeolvides o infundo la cicuta, que sin ti no paso de pachulí y contigo soy boca de dragón silvestre.

Autopsia verbal

Estoy convencido de que, para entender la vida, hay que tener un conocimiento profundo de la muerte. Y nadie como un forense para hacerlo.

El complejo hospitalario en el que trabajo, que data de 1930, se compone de seis pabellones, unidos por senderos de guijarros. En la parte central hay una rotonda con varios círculos de hortensias que le dan algo de vida, sobre todo en

otoño. Al fondo se localiza el edificio destinado a anatomía forense; a pesar de las enormes cristaleras de la entrada, es inevitable que al pasar a sus dependencias el ambiente se vuelva gris, algo melancólico, incluso.

Suelo comenzar las autopsias por el cerebro; sigue admirándome que la memoria se almacene en forma de células estrelladas, que las neuronas se conecten formando una red de vivencias. Primero examino el hemisferio izquierdo, el racional; lo normal es que en él encuentre palabras como hipoteca, hipotenusa y obtusángulo, perfectamente ordenadas en casillas. El hemisferio derecho, más caótico, nos da muchísimas pistas sobre lo que esa persona ha sido en vida, sobre sus impulsos y sentimientos más arraigados, con términos como diábolo, lealtad o sorpresa. Supongo que la última sorpresa es la muerte; que uno cierra la puerta llevando una palabra a medio nacer.

* Bióloga especialista y traductora. Universidad Pompeu Fabra, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: mmiguel4@yahoo.es.

Prohibidas las enfermedades mentales

Bertha Gutiérrez Rodilla

Universidad de Salamanca (España)

Es conocido el valor que se le da entre los japoneses al control de la mente, algo que se estima que se pierde cuando se padece una enfermedad mental. De ahí, dicen los entendidos, que este tipo de enfermedades se comprenda tan mal entre ellos y se estigmatice socialmente a quienes las padecen. Me pregunto cuál será la razón para que en Occidente los estigmaticemos del mismo modo, nosotros, tan poco preocupados por este asunto del control mental.

Y ¿qué tiene que ver todo esto con la traducción y las lenguas especializadas? Pues que, como consecuencia de lo anterior, la Sociedad Japonesa de Psiquiatría y Neurología, según anunció en el XII Congreso Mundial de Psiquiatría, celebrado en Yokohama el pasado mes de agosto, en un esfuerzo por combatir el estigma que rodea a los esquizofrénicos, decidió cambiarle el nombre a la esquizofrenia (nombre que significa algo así como «mente escindida») por el de «desorden de desdoblamiento de personalidad».

Una vez más el lenguaje científico tiene que asistir indefenso a los cambios que se le imprimen, no por razones que tengan que ver con la precisión o con la normalización, por ejemplo, sino con eso que se conoce como lo *políticamente correcto*; cambios, está de más decirlo, que no conseguirán en modo alguno que los esquizofrénicos mejoren ni su condición clínica ni su condición social. ¿Es posible que alguien crea que dando un toque mágico con la varita del hada buena de los nombres se puede hacer saltar por los aires el poso acumulado durante siglos que conforma la manera de pensar de los pueblos?

Mejor servicio les haría esa varita mágica a los traductores especializados, que, en los últimos años, a lo que ya tenían, deben añadir todas las injerencias que se producen en el seno del lenguaje especializado *par politesse*; injerencias que van minando las pocas armonías que lo rigen e impiden que un término sea igual o muy parecido —aunque esté traducido, como ocurría con *esquizofrenia* en japonés— en las diferentes lenguas.

Sólo de pensarlo se deben de poner enfermos; bueno, enfermos no. Que la medicina del siglo XXI ha llegado a tal grado de perfección que ya no nos ponemos enfermos. Tan sólo nos desordenamos.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).